

Las encerradas del día de la víspera de Reyes

GABRIEL IMBULUZQUETA

Las encerradas infantiles del 5 de enero, víspera del día de Reyes, han desaparecido en muchas localidades navarras, en tanto que en otras se mantienen pujantes y, en otras más, están siendo revitalizadas.

Esta fiesta, fundamentalmente infantil, tiene, al margen de otras connotaciones que se le quieran o se le puedan buscar, un significado muy sencillo. Se trata de que el sonido de los cencerros actúe de faro acústico para que los Magos de Oriente, que caminan entre montes, bosques y caminos, a veces envueltos en nieblas, a veces un tanto confusos entre la nieve, no se pierdan y lleguen al pueblo desde el que se les llama para que puedan dejar su carga de regalos y juguetes en todos los hogares.

Aunque la tradición “musical” pueda estar en trance de desaparecer en mucho lugares por culpa de las Cabalgatas —anunciadas y programadas de antemano, lo que ahuyenta la duda de si los Reyes llegarán o no—, en otros han sabido readaptarla y, aun olvidando un poco el sentido primigenio, la mantienen pujante.

Sea como fuere, la base de la fiesta consiste en que, por la mañana o por la tarde del 5 enero, los niños salen a la calle con cencerros, campanillas o esquilas, y en determinados lugares con tapaderas, cubos, latas, botes, etc., para correr alocados por calles del casco urbano y caminos que conducen a los montes cercanos con el fin de transmitir más allá del horizonte cercano la señal localizadora del lugar, haciendo sonar los instrumentos, carrera tras carrera hasta no poder más, aunque los niños en este día de ensueño siempre pueden más.

Según José María Jimeno Jurío (“Calendario Festivo. Invierno”, Pamplona 1988), la costumbre ha tenido vigencia en parte de la merindad de Pamplona, en el norte de la de Estella y en toda la de Olite, hasta la divisoria del río Aragón.

LA TRADICION EN BAZTAN

Puede decirse que los últimos reductos de la cencerrada de Reyes son los pueblos de la Montaña. Quizá porque de siempre se han podido sentir más abandonados por tratarse de núcleos pequeños, alejados en muchos casos de las grandes vías de comunicación.

Una de las zonas navarras privilegiadas de esta tradición es la del valle de Baztán. En tan sólo tres de los quince lugares que forman el municipio la costumbre se ha perdido (Arizcun, Irurita y Lecároz). En Arizcun, la cencerrada ha pasado al 10 de agosto, víspera de Santa Clara, y con ella se pretende, de alguna forma, participar de la intimidad de la fiesta del convento de monjas Clarisas ubicado en la localidad.

En otros —Elizondo puede ser una excepción al haberla reavivado hace muy pocos años—, tiene un incierto futuro debido, sobre todo, a la baja población infantil residente en los mismos.

En la mayoría de los lugares (Aniz, Almádoz, Azpilcueta, Berroeta, Elvetea, Oronoz) los niños salen correteando con los cencerros en la mano, al costado o en la cintura. La singularidad de Errazu es que los niños no salen por el pueblo ni por los caminos que llevan a los montes sino que hacen sonar los cencerros a través de las ventanas, transmitiéndose el mensaje de unas casas a otras, pero no desde todas las casas.

Arráyoz, Garzáin y Maya unen a la jornada de los cencerros otra tradición que en el resto del valle se conserva en el día del Año Nuevo: la felicitación cantada por el año que comienza y la demanda, como contrapartida a la felicitación musical, de un aguinaldo en especie (nueces, avellanas, mandarinas, castañas asadas, etc.) lanzado “arrepuluch” o “a rebucha” desde ventanas y balcones. Ultimamente, quizá por mayor comodidad o porque tiene una mayor aceptación, se ha extendido el aguinaldo en metálico.

Concretamente, los niños de Arráyoz, a la vez que recorren las calles con cencerros y buscan el aguinaldo de los vecinos, cantan ante cada casa: “*Urte berri berri / zer dakarrazu berri? / Uraren gainan / bakia ta osasuna. / Urtetx, urtetxak bear tugu! / Aingeruak gara, / zerutik eldu gara, / boltsa badugu / dirurikan eztugu. / Urtetx, urtetxak bear tugu!*”. (“Año nuevo nuevo, ¿qué traes de nuevo? Encima del agua, paz y salud. ¡Aguinaldo, necesitamos aguinaldos! Somos ángeles, venimos del cielo, tenemos bolsa pero no dinero. ¡Aguinaldo, necesitamos aguinaldos!”).

Similar, aunque más reducida, es la letrilla entonada en las calles de Garzáin: “*Urte berri berri / zer dakarrazu berri? / Uraren gainan / bakia ta osasuna. / Urtetx, urtetx!*”.

En Maya, por otra parte, también con una letrilla reducida en comparación con el caso de Arráyoz, los niños, con cencerros, recorren los caseríos a lo largo de la tarde del día 5 (al día siguiente, después de la Misa Mayor, la cuestación es por las casas del pueblo) entonando la siguiente canción: “*Aingeruak gara, / zerutik eldu gara, / boltsa badugu / dirurikan ez tugu. / Etxekoandre etxean balin bada, / urtetx, urtetx!*”. (“Somos ángeles, venimos del cielo, tenemos bolsa pero no dinero. Si está el ama de casa, ¡aguinaldo, aguinaldo!”).

El caso de Ciga es distinto. Allí, mientras los mayorcitos recorren los ca-

seríos cantando, los más pequeños corretean con sus cencerros por las calles del pueblo mientras entonan la siguiente letrilla: *“Iru Erregekin / gozokin / laudatzen zaitugu / eta Herodesekin / gerra bat ai nahi dugu. / Izar bat zen argirik, / argirik, / zerutik agertu / eta Erregeak bertatik / beregana abiatu. / Biba iru Erregek: / Meltxor, Gaspar eta Baltasar”*. (“Te alabamos con gozo junto con los tres Reyes, y queremos hacer una guerra con Herodes. En el cielo apareció una estrella de luz y los Reyes se encaminaron hacia ella. Vivan los tres Reyes: Melchor, Gaspar y Baltasar”).

Al día siguiente, los niños cantan las mismas letrillas, a modo de villancico, en la iglesia parroquial durante la Misa Mayor. Las mujeres llevan a la ofrenda naranjas, nueces, mandarinas, manzanas, etc. y las depositan en un saco. A la salida de la iglesia, en el atrio, el párroco echa, como si de un aguinaldo se tratase, todos estos frutos a los pequeños.

En Elizondo, donde hace un par de décadas todavía había grandes problemas para conseguir que los ganaderos locales pudieran satisfacer la demanda de cencerros para todos los niños, se cayó en el ostracismo y el abandono. No obstante, gracias a la iniciativa de la Asociación de Padres, la fiesta ha resurgido y, ahora, los niños participan y acompañan, tocando los cencerros, en su vuelta al pueblo al cartero real durante la que recoge, a primera hora de la tarde, las cartas llenas de peticiones todavía no cursadas a los Magos de Oriente.

Fuera de los límites geográficos del citado valle, aunque muy cerca de él, en Beinza-labayen (Malerreka), se ha conservado en este día la costumbre infantil de felicitar el nuevo año a los vecinos. Por supuesto, la demanda del aguinaldo, aunque no tan descarada como en los casos anteriores, es evidente, tal como lo refleja el canto infantil: *“Urte berri, berri. / Zarra ioan da / ta berri etorri. / Nik atorra zarra, / nik axolik gabe”*. (“Año nuevo, nuevo. El (año) viejo se ha ido y el nuevo ha venido. Yo (tengo) la camisa vieja pero no importa”).

RONCAL, OTRO VALLE PRIVILEGIADO

Aunque tres de sus pueblos (Garde, Isaba y Urzainqui) se han olvidado ya por completo de esta tradición, los otros cuatro municipios roncaleses mantienen la fiesta con la peculiaridad de dar cabida a los “trucos” (cencerros rectangulares de 40 a 50 centímetros de altura que se colocan a los machos cabríos en la trashumancia a las Bardenas), “trucas” (cencerros redondos muy panzudos) y pequeñas esquilas o cimbales.

No obstante lo dicho, en Garde son todavía muchas las personas que recuerdan que en la fiesta de San Sebastián, el 20 de enero, se salía con los trucos.

También en Isaba se recuerda, posiblemente con nostalgia, que hace unos años los pequeños salían con los trucos.

Y, por lo que respecta a Urzainqui, Tomás Urzainqui Mina (“Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra”, número 20, de mayo-agosto 1975) dice que los niños recorrían el pueblo con esquilas y trucos y subían final-



Foto 1.

El "rey de los cencerros" adquiere en Alsasua un protagonismo especial. La suerte decide quién será el elegido. Y éste, como se aprecia en la fotografía, es investido con los atributos que le distinguen del resto de sus amigos: la piel de oveja o "narru", la boina, el cinturón con doce pequeños cencerros (uno por cada uno de los doce meses del año) y la vara de mando.

mente a tocar a la llamada “Peña de los Reyes”, desde donde se domina el pueblo.

En Burgui, la singular jornada infantil tiene plena vigencia a lo largo de la mañana del 5 de enero, aunque años atrás los niños salían por la mañana y por la tarde e, incluso, el día de Reyes.

En el pueblo de Roncal, la celebración es por la tarde del citado día 5. Al tiempo que hacen sonar los cencerros, los niños entonan la siguiente canción: “*¡Vivan los tres Reyes Magos / que son Melchor, Gaspar y Baltasar! / Melchor, el esquilador; / Gaspar, el zapatero; / y Baltasar, el hombre más feo*”. (¿Habría que interpretar que, en la mente de los niños, Melchor representaba a los pastores del valle; Gaspar, a los artesanos —aunque pueda extrañar que no se hubiera elegido al “almadiero” en vez de al “zapatero”—; y que Baltasar era una incógnita sin adscripción laboral posible por su condición, al margen de impensables connotaciones raciales, de hombre negro?).

En Uztárroz, la salida con “trucos” y campanillas no se limita a unas pocas horas del día 5. Los niños aprovechan que se encuentran de vacaciones y, con todo su entusiasmo, se adueñan de las calles los días 3 y 4 de enero por la mañana, reservando para el día 5 una doble salida: a la mañana y al atardecer. En esta última hora, recorren el pueblo y van hasta el Molino donde preparan un fogata para comer patatas asadas y chocolate. Por último, en el barrio más alto de la localidad, junto a las Eras y en la Puerta de Borriti, sacuden con toda su fuerza los “trucos” y entonan la ya citada canción de los niños del pueblo de Roncal.

En cuanto a Vidángoz, los niños aún se adelantan más en su llamada a los Magos de Oriente. Inician su andadura o correría cenceril el día 2 de enero y, mañana y tarde, la repiten sucesivamente hasta el día 5 inclusive. En su recorrido por el pueblo, se detienen ante algunas casas para cantar la siguiente letrilla: “*Ya vienen los tres Reyes, / ya vienen a adorar / al Niño Jesús / que está en el portal. / El uno Melchor / y el otro Gaspar, / y al otro le llaman / el Rey Baltasar*”. Como ocurre en Uztárroz, los de Vidángoz suben a un lugar alto, la Pitxorronga, para cantar desde allí a todo el pueblo.

Con respecto al valle de Roncal, José María Jimeno Jurío dice (“Calendario Festivo. Invierno”, Pamplona 1988) que (al igual que ocurría en Salazar, Ulzama y Valdorba), los protagonistas de las cencerradas llegaban hasta la muga del pueblo vecino para enfrentarse los niños de ambos a pedradas. Cita en concreto los casos de Garde y Roncal, e Isaba y Uztárroz (además de los de Ochagavía y Ezcároz, Iráizoz y Alcoz, y Echagüe y Unzué). Cabe añadir, como recoge Tomás Urzainqui Mina, que después de la cencerrada, los niños de Urzainqui solían ir a pegarse con los de Roncal.

ALSASUA ELIGE “REY DE LOS CENCERREROS”

La villa de Alsasua ha sabido dar y mantener de año en año un sabor propio a la fiesta del 5 de enero. Antaño, los niños corrían a sus anchas por las calles, durante el día, haciendo sonar los cencerros. Al atardecer, todos los grupos o cuadrillas se concentraban en la plaza, donde se les entregaba el clásico “bollo de Reyes Magos”. Hoy, el programa ha variado ligeramente. Los



Foto 2.

Para los niños —la fotografía está tomada el 5 de enero de 1974 en Alsasua— el tiempo no pasa. El sonido de los cencerros de toda clase de tamaños, atados normalmente a la espalda, son la mejor garantía de que los Magos de Oriente y su cargamento de juguetes no se extraviarán en la niebla o entre los montes.

niños salen por la tarde para realizar un recorrido que termina en la Plaza de los Fueros, junto al pórtico de la iglesia parroquial, donde se les reparte el citado “bollo”, que no es sino un clásico “bollo de leche”. Quien encuentra en su interior un cencerro de plata es proclamado “rey de los cencerros”.

Como se puede comprobar, se trata de un acto similar a la elección del “Rey de la Faba” o del haba, y al de la elección del “rey de la casa” mediante el cada vez más comercial “roscó de Reyes”. (A este respecto, se puede recordar que Pilar Olagüe, —“Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra”, números 41-42, de 1983—, dice que en Labiano, una vez elegido el rey de la casa, se salía a ventanas y balcones con cencerros, cuberteras, etc. y se daban vivas a Dios, a la Virgen y a quien había salido elegido rey o reina. Lo que recuerda, aunque tenga un significado distinto, a la cencerrada desde las ventanas que sigue vigente en Errazu, como se ha señalado más arriba).

Tras la elección festiva, el señalado por la suerte es investido con los signos de su autoridad: la piel de oveja o “narru”, la boina, el cinturón con doce pequeños cencerros (uno por cada mes del año), y la vara de mando. Además, seguirá portando los cencerros que llevaba en el momento de la elección.

Por último, el rey infantil de los cencerros —y los propios niños cencerros— vive el momento culminante de la jornada, ya que, por su cargo oficial, es el encargado de recibir al emisario de los Reyes Magos que están a punto de llegar (en la Cabalgata) y, a continuación, es él también el que acude a darles la bienvenida cuando hacen su entrada en las calles alsasuaras.

El papel protagonista que los cencerros han ejercido a lo largo de la jornada no desaparece todavía, ya que los niños continuarán haciendo sonar sus cencerros desde la posición de privilegio que supone ir abriendo la marcha del cortejo de la Cabalgata.

ITUREN, ZUBIETA Y LAS CENCERRADAS NOCTURNAS

Ituren y Zubieta son conocidos en toda Navarra, en el País Vasco, y en otras regiones por sus grupos de Zanzantzar. Habitualmente se piensa que estos grupos tienen como misión principal la de salir en los respectivos carnavales (amén de participar, desde hace un par de décadas, en otras manifestaciones festivas populares como el Olentzero de Pamplona, el Baztandarren Biltzarra de Elizondo, o actos varios como el Nafarroa Oinez). Lo que ya no se conoce tanto es su papel de protagonistas de excepción en la noche mágica del 5 de enero.

En estas dos localidades, los niños hacen sonar sus cencerros durante la tarde del día 5. A la noche, después de cenar, a una hora no determinada de antemano pero que suele ser a partir de las 12, es cuando la cencerrada de la víspera de Reyes alcanza su mayor dimensión etnológica. Casi, pudiera decirse, su mayor sentido mágico. Los grupos de Zanzantzar, aunque no vistan su atuendo completo, llaman a los Reyes Magos por los caminos que conducen de uno a otro pueblo en la oscuridad de la noche. Entre los recovecos de los montes y los bosques, el acompasado, penetrante y duro sonido de las “polumpas” retumba como en ningún otro momento y garantiza —por paradójico que pueda parecer— el sueño infantil.

No es el de Ituren y Zubieta el único ejemplo de encerradas nocturnas de adultos. En Garralda salen también los mayores, después de haber recuperado hace unos pocos años la tradición, sobre las once de la noche.

Otro tanto ocurre en Garayoa (también con una recuperación reciente), donde los adultos recurren no sólo a los cencerros sino a los acordeones y aprovechan para entonar villancicos en su particular recorrido por las calles.

En Villanueva de Aézcoa, por otra parte, los mayores se echan a la calle con sus cencerros a partir de las 12 de la noche y, entre masoquistas y festivos, los hacen sonar con mayor intensidad ante las viviendas en las que duermen niños pequeños.

En San Martín de Améscoa —refiere Luciano Lapuente en su estudio etnográfico de Améscoa publicado en el número 11 de esta misma revista, correspondiente a mayo-agosto de 1972—, los pequeños salían el víspera de la Epifanía por la noche con el fin de “esperar a los Reyes”; los mayores corrían tras ellos, dice el autor citado, enfundados en mantas blancas de lino, para quitarles los cencerros. Los de Larraona postulaban por la tarde para una cena y salían con cencerros.

En Imoz, escribe José María Satrústegui en su libro “Solsticio de Invierno” (Pamplona, 1974), todavía salen los mayores por la noche.

En muchos pueblos (algunos del valle de Baztán son un ejemplo bien concreto) la versión nocturna de la encerrada se ha perdido precisamente para poder respetar sin causar sobresaltos —que realmente no son necesarios— el sueño de los grandes protagonistas de la jornada, los niños.

EN OTROS PUEBLOS

Además de los hasta ahora citados, existen otros pueblos navarros que mantienen la tradición de las “encerradas”. Tal sucede, por ejemplo, en Arruazu, donde, según recoge José María Satrústegui (“Solsticio de Invierno”, Pamplona 1974), esta fiesta tiene el sentido ya indicado de llamar a los Magos de Oriente para que no se extravíen en su camino hasta el pueblo.

Oroz Betelu es otro de los lugares donde los niños —y, rompiendo tabúes sexistas multiseculares que ahora se antojan carentes de toda lógica, desde muy recientemente también las niñas— salen sobre las 9 de la noche, una vez finalizado el desfile de la Cabalgata, corriendo por las calles al tiempo que hacer sonar desaforadamente los cencerros. Los vecinos les obsequian, al pasar por delante de las puertas de las casas, con pastas, en tanto que en la Sociedad local les invitan a unos vasos de sidra.

En Ezcároz, dentro del valle de Salazar, los niños acuden a la cita anual sobre las 12 del mediodía del repetidamente citado 5 de enero. A esa hora recorren el pueblo acompañando, al son de sus cencerros y esquilas, al heraldo de los Reyes.

En Abaurrea Baja, la “encerrada” comienza hacia las 9,30 de la mañana. Los niños dan una vuelta al pueblo, para, a continuación, disfrutar con una chocolatada y terminar con otra vuelta “musical” al pueblo.

Pamplona se ha incorporado tímidamente a la tradición que se mantiene en los pueblos. En el barrio de San Jorge, por ejemplo, se ha programado

últimamente, dentro de los actos navideños, una cencerrada infantil que recorre a media tarde las calles del barrio.

No obstante, no habría que olvidar, como escribió Ollarra el 6 de enero de 1991 en "Diario de Navarra", que *"en 1765, el Real Consejo de Navarra intervino contra los desmanes y ruidos que duraban la víspera y todo el día de Reyes. En la ciudad y sus barrios exteriores se estilaba el disparo de armas de fuego, buscapíes, ruedas y otros artificios de fuego"*.

En Lumbier, a falta de los clásicos cencerros, han readaptado la fiesta y celebran la que denominan "noche de los calderos". De día, los niños arrastran cuerdas a las que han atado calderos, latas, cubos, botes de pintura vacíos y cualesquiera otros recipientes capaces de meter ruido y que se hayan encontrado en desvanes o basureros. Por la noche —y hay que volver necesariamente a las cencerradas nocturnas a las que ya se ha aludido anteriormente— llega el turno de los adultos. Con los mismos materiales que los pequeños y con el mismo contenido de complicidad, se encargan de "amenizar" las calles y el sueño inquieto infantil durante las primeras horas de la madrugada.

Hasta hace unos veinte años aproximadamente, Cáseda tenía su particular concierto infantil en esta fecha a base de carracas y tapaderas.

En la misma zona de la merindad de Sangüesa, Aibar es uno de los últimos pueblos en haber perdido la tradición, esta tradición festivo-musical-infantil de guiar, con la fuerza del sonido de los cencerros, a los Reyes Magos.

Por otra parte, Pitillas, con tapaderas en vez de cencerros, conservó la tradición hasta que comenzó a celebrarse la Cabalgata, lo que hizo innecesario —así lo entendieron al menos los pequeños— el tener que llamar a los Magos, puesto que llegaban al pueblo cuando la noche se echaba encima.

En Izurdiaga, por otro lado, según un estudio de María Mercedes Idoy Heras ("Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra", número 38, julio-diciembre de 1981), los niños del pueblo organizaban un cortejo para dar tres o cuatro vueltas al pueblo haciendo todo el estruendo posible con los cencerros que llevaban atados a la espalda.

En Estella, hasta hace unos 30 años, los niños salían con tapaderas y otros instrumentos de percusión, generalmente no admitidos en ninguna orquesta sinfónica. Y, a una con el estruendo, cantaban la siguiente letrilla: *"Ya vienen los tres Reyes / ya vienen a adorar / al Niño Jesús / que está en el Portal. / El uno Melchor, / el otro Gaspar, / y el otro se llama / el rey Baltasar"*. Habría que remontarse todavía unos cuantos años más hacia atrás para constatar que, a una con la canción, los niños pedían —y recibían— el aguinaldo navideño.

Y en Aldaz (Larraun), por último, según ha recogido Kristina Azkarate, hasta hace unos 35 o 40 años, los niños, cargados de cencerros, corrían por las calles del pueblo, e incluso llegaban hasta otros cercanos, gritando "Erregek, Erregek" ("los Reyes, los Reyes").

